

Jn 6:51-58 Corpus Christi 2026

Alrededor del año 740, en Lanciano, Italia, un monje tenía dudas sobre la presencia real. Mientras celebraba la misa, durante la consagración, la hostia de veras se convirtió en carne viva y el vino en sangre.

Tras más de 1300 años, la carne y la sangre todavía se conservan y pueden verse en la iglesia de San Francesco en Lanciano, Italia.

La sangre se ha coagulado en cinco coágulos. Un laboratorio del hospital analizó la carne y la sangre. La carne es tejido del corazón. La sangre es tipo AB positiva muy rara, la misma que la del sudario de Turín que cubría el rostro de Jesús.

Lo que es tan sorprendente es que cuando pesas solo un coágulo de sangre, pesa lo mismo que los cinco juntos; dos de ellos pesan lo mismo que los cinco.

Eso significa que Jesús está plenamente presente en cada partícula de la Eucaristía, por pequeña que sea.

En el año 1226, en Santarém, Italia, una mujer pobre fue a una bruja que le pidió una hostia consagrada para poner un hechizo a su esposo infiel.

Cuando la mujer recibió la comunión, la sacó de su boca y la envolvió en un velo.

¡Pero comenzó a salir sangre del velo! Le entró en pánico, corrió a casa y lo puso en un cofre. Esa noche toda la casa brillaba con rayos de luz viniendo de la partícula.

Lo que dicen estos milagros es "*YO ESTOY AQUÍ!*" *Estoy aquí y te amo tal como eres, imperfecto y herido.*

Pero tenemos que aceptarlo por fe. Lo que aceptamos y en lo que creemos es la Presencia Real... que la Santa Eucaristía es el verdadero Cuerpo y Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo.

Porque, como dijo Jesús, *El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna... [porque] Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida* (Jn 6:54-55).

Pero los protestantes argumentarán que todo esto es meramente simbólico. Porque Jesús dice en el versillo 63:

Es el espíritu quien da la vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que les he dicho son espíritu y vida (Jn 6:63).

Así que ellos argumentan que no podemos literalmente comernos Su cuerpo y beber Su sangre.

Pero considera esto: en la Última Cena Jesús dijo: *Esto [ES] mi cuerpo... Esta [ES] mi sangre* (Mt 26:26-28; Mc 14:22-24; Lc 22:19-20). No dijo, es un símbolo.

Jesús no estaba hablando simbólicamente. Sus propios discípulos, que lo conocían mejor que nadie, lo entendieron de manera bastante literal cuando dijeron:

¿Cómo puede este darnos a comer su carne? (Jn 6:52). Y, *Esta doctrina es inadmisibile. ¿Quién puede aceptarla?* (Jn 6:60).

Y si era solo simbólico, ¿por qué tantos de Sus discípulos se marcharon? (Jn 6:66). Mejor todavía, ¿por qué Jesús no los detuvo?

Si era meramente simbólico, como rabino (maestro) tenía la obligación de decirlo. De hecho, cada vez que los discípulos no entendían algo, Jesús se lo explicaba.

Pero esta vez no. Porque era tan claro como el día. Hasta se volvió hacia los doce y les preguntó: *¿Acaso también ustedes quieren irse?* (Jn 6:67).

Y Pedro, quien respondió, no dijo: "Oh, no Señor, sabemos que sólo estás hablando simbólicamente." Él dijo: *Señor, ¿a quién iríamos? Tus palabras dan vida eterna* (Jn 6:68).

En otras palabras, entendían lo que Él estaba diciendo literalmente, al igual que nosotros los católicos. Y aunque no lo entendieran, lo aceptarían por fe. ¡Eligieron creer!

La pregunta es ¿por qué? ¿Por qué debemos comer la Carne y beber la Sangre de Jesús? Porque Jesús lo dijo. Y tal vez, porque hay una sensación de certeza.

Cuando oramos, recibimos a Jesús espiritualmente. Pero todavía podemos preguntar... ¿me distraje? ¿De veras recibí a Jesús?

Pero cuando comemos Su Carne y bebemos Su Sangre, hay una sensación de certeza...

...que recibimos a Jesucristo no solo espiritualmente, sino también físicamente--en cada fibra y célula viva de nuestra humanidad.

¡Y eso se convierte en un milagro que cambia la vida! Porque como dijo Jesús: *El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él* (Jn 6,56).

Así es como la vida de Jesús se convierte en nuestra vida. Él permanece en nosotros y nosotros permanecemos en Él (Jn 15:4). Vivimos en Jesús. Y si vivimos en Jesús, entonces vivimos en Dios.

La clave es esta: para que la Eucaristía te transforme en Jesucristo, tienes que tomar la iniciativa. Tienes que actuar... como si ya hubieras sido transformado en Jesucristo.

Ese es tu llamado. Conviértete en un servidor como Jesús, que puso las necesidades de los demás antes que las suyas.

Ofrece tu tiempo, talento y tesoro como el pan de la vida para alimentar a los hijos de Dios.

Y permite que tu amor y compasión superen cualquier orgullo y egoísmo rezando y cuidando de quien te necesite.

Y permite que tu amor y compasión superen cualquier orgullo y egoísmo, orando y cuidando a cualquiera que te necesite.

Hermanos y hermanas, estamos a punto de recibir el mayor regalo que Dios podría habernos dado: el Pan de Vida, la Sagrada Eucaristía, la vida de Dios en nosotros.

Oremos: Ven a nosotros, Señor Jesús, en la Sagrada Eucaristía. Para que nos convirtamos en Tú y Tú te conviertas en nosotros... dando así gloria a Dios.

Porque junto con San Pablo, ahora decimos: *Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí* (Gál 2:20).